

## **HOMILÍA PARA LA MISA FUNERAL DEL PADRE LOUIS MERTON, OCSO**

**17 de diciembre de 1968**

**por el Rvdo. Daniel C. Walsh, Dr. en Filosofía**

*“Honorable lector, no me dirijo a ti como un autor, no lo hago como un narrador, ni como un filósofo, ni tan siquiera como un amigo solamente: quiero hablarte, en cierto modo, como tú mismo. ¿Quién puede decir lo que eso significa? Yo mismo no lo sé. Pero si escuchas, vas a leer cosas que quizás no estén escritas en este libro. ¡Y eso no se deberá a mí sino a Uno que vive y habla en ambos!”*

Thomas Merton (1963) Prefacio a la edición japonesa de *La Montaña de los Siete Círculos* [en “*La Voz Secreta*”: *Reflexiones sobre mi obra en Oriente y Occidente*, Santander: Sal Terrae, 2015, p. 99]

**E**l 10 de diciembre de 1941, un joven de 26 años, comparativamente desconocido, ingresó en este monasterio trapense cisterciense de Getsemaní. Thomas Merton entró en un monasterio cuya reputación como casa de oración, silencio, soledad y sacrificio era bastante conocida en el mundo católico, pero relativamente desconocida para el público americano o en el mundo en general.

El 10 de diciembre de 1968, ese mismo hombre, ahora con 53 años de edad aunque muy joven de corazón –monje trapense, sacerdote, autor mundialmente conocido de una veintena de libros, por no mencionar los cientos de artículos, reseñas, pinturas y estudios fotográficos-, dejó

esta vida como Padre Louis Merton en el lejano Bangkok durante una misión para la Iglesia –la Iglesia que amó tan bien y a la que sirvió fielmente tanto aquí en su cometido monástico como en el mundo a través de sus escritos. Tras haber salido a cumplir su misión en Asia –una misión que finalmente habría de llevarle a la morada eterna de su Padre celestial, escribió frecuentemente sobre lo mucho que echaba de menos lo que había dejado atrás: –la mente y el corazón de su amor en esta Casa de Dios, aquí. Nada salvo la llamada a servir a Dios en la causa altruista del monacato en Oriente podría haberle llevado tan lejos de su amada Getsemaní.

Cuando hablamos la noche antes de su partida en este viaje misteriosamente providencial, me dijo: “Claro que regresaré, pero sólo si Dios lo quiere, y si no lo hace, ¿qué mejor lugar y tiempo para dejar este mundo?” Escuchamos un hermoso eco de todo ello en las conmovedoras palabras que el Padre Flavian nos dirigió en el Réquiem, en la misa del miércoles pasado cuando dijo: “La posibilidad de la muerte no era ajena a su pensamiento –hablamos de ello antes de que saliera, primero de forma jocosa, después en serio. Estaba preparado para ella. Vio incluso que en cierto modo tenía sentido morir allí en medio de esos monjes asiáticos que para él simbolizaban el anhelo ancestral y perenne que siente el ser humano por las cosas hondas de Dios. Y aunque corporalmente murió lejos de nosotros, no se hallaba distante de nosotros en espíritu”.

Cualquiera que haya tenido el privilegio de encontrarse con el Padre Louis no puede dejar de reconocer en él al gran artista que fue así como la enorme fuerza espiritual que fue y que sigue siendo. Eso se me hizo especialmente vívido en la homilía que he citado. Al decir que el mensaje del Padre Louis era “el mismo para todos nosotros”, el Padre Flavian, no obstante, añadió: “cada uno de nosotros recibió este mensaje de un modo diferente y así es como el Padre Louis lo hubiera querido –pues somos hombres de Dios sólo en tanto buscamos a Dios; y hallamos la voluntad de Dios en la misma medida en que Le encontramos en la verdad sobre nosotros mismos; el Padre Louis emprendió ese viaje a Asia en el espíritu de esa misma búsqueda de Dios”.

Pues bien, esta tarea privilegiada de rendir un tributo final a vuestro “Louie”, a nuestro “Tom” y a quien fuera conocido en el mundo como “Thomas Merton”, viniendo como lo hace de la gran generosidad de los corazones de todas aquellas personas a quienes les concierne, es ciertamente magnánima, tanto que nos hace sentir nuestra insuficiencia para llevarla a cabo. Y es que, aún cuando le conocí hace 30 años primero

como estudiante, después escritor de renombre mundial, sacerdote y monje de suma hondura intelectual y moral, amigo cercano durante todo ese tiempo, y querido compañero durante los últimos 10 años en nuestro trabajo aquí en la Abadía de Getsemaní, a pesar de todo ello, apenas me siento preparado para hablar de aquello en lo que personalmente creo que reside su verdadera grandeza: ese hondo y arraigado sentido de Dios en Cristo – y de Dios en el ser humano a través de Cristo- el Cristo de Dios quien, en el espíritu de Su amor vive en el pueblo de Dios – el Cristo en nosotros cuando nos amamos y nos servimos los unos a los otros en verdadera fraternidad, cuando nos damos cuenta de que antes que celosos guardianes de nuestros hermanos somos, ante todo, sus hermanos.

Tratemos de ver en todo su calado a este hombre de gran fuerza espiritual y profundidad personal, el hombre cuya vocación en la Iglesia y en el mundo yace oculta en la mente y en el corazón de Cristo, e intentemos asomarnos al misterio de una vida santa en camino hacia la Visión Beatífica. Vemos de inmediato cómo la profundidad de su Fe en Dios nutría su vida de oración y como su vida de oración aumentaba su fuerza espiritual y enriquecía la totalidad de su persona. Al igual que Newman, tuvo sus problemas pero también sabía que tener mil dificultades no es parangonable a albergar una sola duda. En su carta circular de Navidad, el año pasado, escribió a sus amigos que tan pronto como surgía cualquier tentación de duda, la ahuyentaba. “¡Aléjate, enemigo de mi Fe!” Es cierto que su búsqueda de Dios en ocasiones fue espinosa pero jamás vaciló en su devoción firme al Dios de su Fe profundamente religiosa. A cambio, se le concedieron grandes dones de mente y corazón, y su humildad, paciencia y perseverancia fueron prendas añadidas a su Fe inquebrantable.

Estos dones que tanto contribuyeron a su genio espiritual apenas se conceden a los hombres en la proporción en que a él le fueron dados, y fue ese genio espiritual lo que le hizo acercar tanto a sus semejantes, sin condición de raza, credo o color, a Dios. Inspiraba amor y confianza en Dios y en consecuencia aportó a su religión y a la Iglesia Cristiana en el abrazo universal de su catolicidad un sentido más hondo de todo cuanto atañe a la dimensión espiritual.

Y fue ese gran sentido espiritual de las cosas y de las personas -un carisma que, sin duda, compartió con el Papa Juan XXIII-, lo que alumbró su honda comprensión de la unidad del espíritu y de la persona en todos nosotros, esa verdad viva que a su vez ambos compartían con los Padres

de la Iglesia primitiva. Ni el Padre Louis ni el Papa Juan pensaron demasiado acerca de la doctrina escolástica que se refería de forma abstracta a los hombres como sustancias individuales de naturaleza racional que esperan conferir a sus vidas una cualidad espiritual dedicando sus pensamientos, palabras y actividades a un Dios trascendente, a quien reconocen como Creador y Fin de su vida –un Dios Todopoderoso que obtiene todo eso de nosotros como el precio que hemos de pagar para nuestra perfección espiritual y moral. NO, ese tipo de espiritualidad, si bien encomiable, no bastaba para estos hombres de genio espiritual.

Su discurso era de un nivel más hondo –y creo que humanamente más satisfactorio para el pueblo de Dios –un nivel en el que Dios encuentra al hombre en los hombres y los hombres encuentran a Dios en el Dios hecho hombre que se halla en cada ser humano cuando descubren su verdadero yo. Y así, para el Padre Louis y para el Papa Juan, lo espiritual no era primordialmente la tarea de ningún ser humano –ni aún si se tratara de la persona más noble y dedicada a ello. Lo espiritual es fundamentalmente la actuación de Dios en nosotros que nosotros continuamos en las ofrendas que le hacemos, pues Dios acepta tan sólo aquello que es verdaderamente espiritual, como cuando nos dirigimos a él en el Canon de la Misa: “Haz que sea verdaderamente agradable y espiritual”. Y es verdaderamente espiritual porque es una obra comenzada por Dios y proseguida por los hombres. Esa es la verdadera búsqueda de Dios en la persona de todos y cada uno de nosotros –la persona a través de cuya semejanza nos conformamos a Dios a través del Hijo de Dios en la Persona del Espíritu Santo. Esa es la vida espiritual en la que los hombres y los ángeles son concebidos por Dios desde el principio, la obra que continuamos al ejercer nuestros dones naturales y divinos; esa es la verdad de la vida espiritual en la creación –dando plenitud a la persona en nosotros- a través de lo que Dios desea para todos y cada uno en nuestro peregrinaje a través de la vida. Es la manifestación de la Verdad en el Espíritu del Amor.

Y el acto externo de la ofrenda, de ese modo, se hace significativamente eficaz cuando se ve como la expresión del acto interior de la persona en el Espíritu del amor omniabarcante de Dios.

Si tan sólo nos diéramos cuenta suficientemente de ello, como el Padre Louis dijo y escribió, no haríamos todos esos pronunciamientos absurdos que a veces formulamos respecto al cuerpo y el alma, como, por ejemplo, cuando pensamos en la persona como compuesta de cuerpo y

alma, de modo que identificamos a la persona con la naturaleza en nosotros, confundiendo de esa forma el medio con el fin de nuestra existencia. O tal vez pensamos en la persona como “alma” o como “cuerpo”, conforme al pensamiento unilateral de algunos filósofos y teólogos. El padre Louis vio claramente que la ambigüedad de la persona vista como una naturaleza compuesta conduce a la tentación del idealismo, por un lado, y a la del materialismo, por otro. Esa enseñanza hace que la vida espiritual y la vida religiosa resulten, en la práctica, imposibles. La consecuencia es que, en gran medida, la práctica de la verdadera espiritualidad y de la verdadera religión siguen careciendo de fundamento filosófico o teológico. El pueblo de Dios debe vivir sostenido sólo por la Fe, esto es, sin soporte alguno de su naturaleza. Al Padre Louis le apenaba ver esto porque Dios nos dio una naturaleza racional que ha de ser utilizada como un medio para vivir las verdades de nuestra Fe.

Enfrentados a esa comprensión, no resulta extraño que el Papa Juan y el Padre Louis fueran revolucionarios, y ahora se encuentran juntos dirigiendo su revolución.

En consecuencia, los dos llaman a la Iglesia en la tierra a reconsiderar en sus enseñanzas doctrinales las nociones de “cuerpo”, “alma” y “persona” y todavía más, a conformar su liturgia conforme a esa revisión y actualización. Cuando eso suceda, la estructura legal de la Iglesia encontrará su verdadero sentido ajustando la dimensión moral a la espiritual antes que a la inversa, como ocurre ahora con demasiada frecuencia. Como con Juan XXIII, eso fue algo que preocupó al Padre Louis durante su vida y estoy seguro de que mantendrá esa preocupación en su vida con Dios en la morada de los benditos.

En esta época de ecumenismo, la Iglesia se preocupó hondamente de volver a examinar sus doctrinas en el Espíritu de la Verdad que es Dios y Amor, pues el nombre de Dios para un cristiano es y debe ser Amor. Y cuando adoramos a Dios como Amor incluimos a quienes están contenidos en ese Amor. Y esa es la razón por la que el Padre Louis, en su devoción a Dios como Amor, salió al encuentro de cada ser humano. Quienes recibieron su disposición de apertura así lo reconocieron. Y su respuesta fue siempre la misma: “querer amar más a Dios”.

Cuando le felicité por haber escrito el éxito superventas que fue *La Montaña de los Siete Círculos*, me respondió que eso no le concernía, pero fueron muchas las personas que le escribieron para decir que el libro les había hecho amar más a Dios, y eso sí le alegraba. Podríamos traer a

colación muchos testimonios de ello, pero mencionaré solo uno. Hablando acerca de la cualidad espiritual de las obras del Padre Louis, su gran amigo, el distinguido filósofo Jacques Maritain escribió estas palabras a un amigo de ambos: “Lo esencial es que éstas encuentran acogida en las almas de las personas, y parecen adaptarse de manera espontánea al alma americana, sintonizándose con ella para conmoverla”. Pero lo que quiero decir es que América se encuentra ahora en un punto de inflexión crítico en su evolución espiritual. La gran llamada a la vida espiritual que experimenta la conciencia americana y el deseo de contemplación que ha emergido en una élite numerosa revisten capital importancia en la historia de la Iglesia.

Y cuando Maritain vino aquí a Getsemaní hace 3 años me dijo al despedirse que pedía a Dios la gracia especial de volver a Getsemaní antes de dejar su vida para “que pueda experimentar la Verdad de Dios en el encuentro personal con Tom Merton”. Fue un encuentro gozoso del que tuve el privilegio de participar. Me trajo a la memoria el día mismo de la ordenación del Padre Louis cuando, a la salida del jardín, nos habló (a todos los personajes de la Montaña). Su discurso se centró en lo que llamó “la búsqueda de la verdad en la presencia misma de la verdad” y en él destacó el punto de que nadie puede permanecer en la verdad a menos que la persiga constantemente, y el premio de ello es la alegría de tener siempre aquello que va buscando. Qué contraste con aquellos de entre nosotros que acepamos la Fe y no hacemos nada al respecto, como el sirviente del Evangelio que enterró su tesoro; aunque el Padre Louis es indulgente.

Desde otra perspectiva, en la comunicación con motivo de la apertura de la Sala que el College de las Ursulinas, Bellarmine [en la actualidad Universidad] dedicó a Merton, el Padre Louis señaló con especial énfasis el hecho de que ningún cristiano ha de comprender por sí solo todas las verdades y misterios de la Fe cristiana. Pues todos somos miembros, los unos de los otros, y lo que alguien no puede hacer, el prójimo lo hace por él. “Supongo”, dijo, “que una de las cosas que hará significativo este evento para la institución universitaria y para la Iglesia es que de alguna manera parezco haber sido designado por Dios para articular alguna experiencia de este misterio para todos ustedes”.

“Y lo que quiera que haya escrito, creo, puede resumirse al final en esta verdad última: que Dios llama a todos los seres humanos a la unión consigo mismo y con sus semejantes en Cristo, en la Iglesia que es su

cuerpo místico –es también testimonio del hecho de que hay y debe haber en la Iglesia una vida contemplativa que no tiene otra función sino la de penetrar en estos misterios y devolver a Dios todas las cosas y toda la alabanza que los corazones humanos puedan ofrecerle”.

Para mí, esa referencia a la vida contemplativa en la Iglesia es la clave para comprender mucho de lo que el Padre Louis ha escrito, y en este momento sugiere su homilía en la Pascua del año pasado, refiriéndome a la cual concluiré esta homilía. Tomando el texto de Marcos 16: 6-7 (Ha resucitado, no está aquí – os precede en el camino a Galilea), el Padre Louis nos dice que “este culto al lugar en el que Cristo ya no será encontrado puede ser válido sólo con una condición –QUE ESTEMOS DISPUESTOS A SEGUIR-, que le sigamos allí donde todavía no estamos, que le busquemos hacia donde se dirige por delante de nosotros. Estamos, pues, llamados a experimentar la verdad de la Resurrección en nuestra propia vida entrando en su movimiento dinámico, siguiendo a Cristo allí donde mora en nosotros. Y Cristo vive en nosotros si NOS AMAMOS LOS UNOS A LOS OTROS. Nuestro amor mutuo entraña implicarnos en la historia de nuestro prójimo: el nuevo futuro que levantamos los unos para los otros, ese futuro al que llamamos el “Reino de Dios”.

“Y aunque el Reino de Dios ya está establecido y es una realidad presente, todavía hay trabajo por hacer. Cristo nos llama a trabajar juntos para construir Su reino. Este es el mensaje de la Iglesia CADA DÍA DE CADA AÑO y cada año hasta el final del mundo... Ese es el dinamismo en el corazón de la fe cristiana y de la vida de la Iglesia –la acción de Cristo en nosotros por su Espíritu Santo... Por eso, en la secuencia pascual la Iglesia canta acerca del duelo entre la vida y la muerte en nuestro corazón, una amarga y desesperada lucha, el combate de la vida y la muerte en nuestro interior, la batalla de la desesperación humana frente a la esperanza cristiana.

Pero recordemos que la vida resurrecta es también una vida que muere –pues la presencia de la resurrección en nuestras vidas supone la PRESENCIA DE LA CRUZ (el foco de toda vida contemplativa). Porque no podemos resucitar con Cristo si no morimos antes con Él. Y es por medio de la cruz como entramos en el dinamismo de la transformación creativa, el dinamismo de la resurrección y de la renovación, el DINAMISMO DEL AMOR”.

El Padre Louis, en suma, nos pide esto:

“Recordemos a las mujeres santas; cuando llegaron a la tumba encontraron la piedra desplazada, pero el hecho de que ya no estuviera allí marcaba poca diferencia. ¡El Señor había resucitado!”

“Y así con nosotros. Cuando Cristo resucitó, nosotros resucitamos. La resurrección de nuestros cuerpos es algo a lo que podemos aspirar en la economía cristiana de la salvación. Porque nuestra salvación tiene lugar con Cristo en un mundo que ya está redimido por Él. Es, por eso, una lástima que nos ofusquemos con oscuros problemas religiosos intentando desesperadamente abrirnos paso al encuentro de un Cristo muerto tras una lápida. Esos problemas son absurdos –porque están basados en planteamientos falsos. E incluso si pudiéramos apartar la piedra no encontraríamos el cuerpo porque Cristo no está muerto. No es una suerte de reliquia super-religiosa. No está ahí. Ha resucitado. Y el Señor resucitado es Espíritu y Vida – el Hijo del Dios Vivo”.

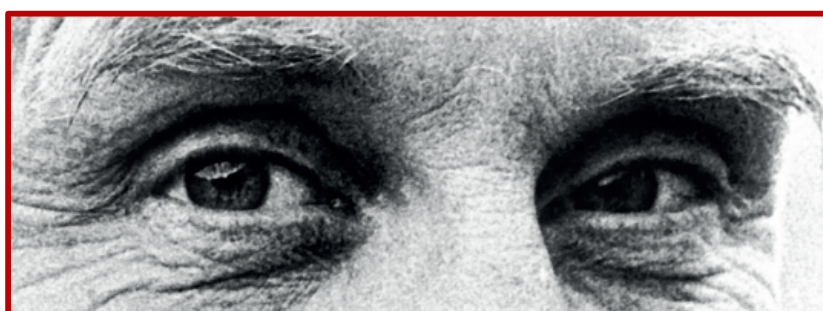
El Padre Louis a continuación hace una exhortación final:

“Acudamos hoy con Fe al banquete del cordero, el Salvador resucitado, el pan de Vida que no es el alimento de los muertos sino el cuerpo de Cristo, vivo y verdadero. ¡Quien encuentre al Cristo vivo en el banquete de su cuerpo y de su sangre vivirá para siempre!”

Venid, pueblo de Dios, Cristo –nuestro Paso- es sacrificado. Y al compartir su banquete pasamos con Él de la muerte a la vida. ¡Ha resucitado! Nos precede en la entrada de su Reino. ¡Aleluya!

Su Verdad sigue marchando  
con el Padre Louis a la cabeza  
dirigiendo a los caminantes.

Demos gracias a Dios.



[Traducción de Fernando Beltrán, con amable permiso para su reproducción de Paul Pearson, Director del Thomas Merton Center, Bellarmine University (Louisville) y de Dom Elias Dietz, OCSO, Abad del Monasterio Trapense de Getsemaní, Kentucky, USA]